La bandeja que no alcanzó la vitrina

Shyvirelle · Narración original

Celia y Mateo alquilaron dos mesas en extremos opuestos del pasillo principal de la feria. Era la primera vez que exponían su cerámica sin la ayuda del taller donde habían aprendido, y ambos querían demostrar que podían hacerlo solos.

—Así nadie dirá que vendemos porque el otro nos sostiene —dijo Celia mientras envolvía los platos en papel.

—Ni que copiamos el trabajo del otro —añadió Mateo.

No se miraron al decirlo. Un mes antes habían dejado de compartir el pequeño local donde trabajaban después de clases. No había ocurrido una pelea. Cada uno recibió una propuesta distinta, y la conversación sobre qué hacer después se convirtió en una serie de frases prácticas: cuánto costaba el transporte, quién se quedaba con la estantería, dónde guardar las cajas. Les resultaba más fácil repartir objetos que explicar por qué les daba pena hacerlo.

Solo había algo que ninguno incluyó en el reparto: una bandeja ancha, esmaltada en tonos de tierra, con el borde apenas levantado. La habían moldeado juntos una tarde en que el torno quedó libre y el resto del taller había cerrado. Celia hizo la curva del borde; Mateo preparó el esmalte. Entre ambos le corrigieron una esquina que amenazaba con quedar desigual. Después se acostumbraron a verla sobre una mesa, disponible para todo y sin pertenecer del todo a ninguno.

La víspera de la feria, Celia la encontró debajo de una tela y se la llevó para enseñársela a Mateo.

—No puede quedarse en una caja —dijo.

Él se mostró de acuerdo. Acordaron alquilar una pequeña vitrina junto a la entrada: sería un lugar neutral para la única pieza que habían hecho juntos. Cada uno mantendría su exposición por separado, pero el público vería también aquella bandeja.

El problema apareció a las ocho de la mañana, delante de una puerta de vidrio.

Celia apoyó el borde de la bandeja contra la abertura. Mateo sostuvo el otro extremo. La pieza no entró. Lo intentaron de lado; una esquina tocó el marco. Probaron a inclinarla, pero así quedaba demasiado alta.

—La puerta es más estrecha que el frente —dijo Mateo, mirando la vitrina.

—Medimos el frente, no la puerta —reconoció Celia.

En el contrato aparecían las dimensiones exteriores. Ninguno había preguntado por el hueco de acceso. Habían planeado cómo exhibir algo que ni siquiera podían colocar allí.

La encargada de la feria les ofreció devolver parte del alquiler si renunciaban a usar la vitrina. También les propuso exhibir una fotografía. Celia agradeció la solución, pero Mateo vio que ella mantenía las manos sobre el borde de la bandeja como quien intenta impedir que alguien se lleve una conversación a medio terminar.

—Una foto no enseña lo ancha que es —dijo él.

—Ni cómo quedó la esquina —añadió ella.

La encargada se marchó a abrir otro puesto. Quedaron juntos, rodeados de cajas todavía cerradas. Desde el extremo del pasillo llegaba el olor de unos pasteles que acababan de salir de la panadería ambulante. La mujer que atendía aquel puesto, frente a la entrada, los había saludado antes.

—Podemos ponerla en mi mesa —propuso Mateo.

—Mi mesa está más cerca —replicó Celia.

Ambos se callaron. Aun cuando pensaban en ayudar, seguían hablando como si uno tuviera que ganar la decisión.

—¿Y si la llevamos enfrente? —preguntó Celia, señalando la panadería—. Tienen una mesa larga. Tal vez quieran mostrar los dulces allí.

—Pero dejaría de ser una pieza de nuestra exposición.

—Seguiría siendo nuestra bandeja. La gente la vería sin vidrio.

Mateo observó el esmalte. En una esquina, la luz revelaba una variación de color que a él siempre le había parecido un error y que Celia defendía porque dejaba ver el trabajo de ambos.

—Podemos preguntar —dijo.

No quisieron cargarla cada uno por una punta y caminar tirando del otro. Se colocaron a los lados, metieron las manos bajo la base y levantaron al mismo tiempo. Atravesaron el pasillo despacio, evitando los bultos que aún ocupaban el suelo. La bandeja no era pesada, pero era lo bastante grande para que ninguno pudiera llevarla cómodamente solo.

La pastelera se llamaba Teresa. Escuchó la propuesta, pasó un paño por la mesa y les pidió que apoyaran allí la pieza. Luego colocó encima tres porciones pequeñas de bizcocho, sin cubrir el dibujo del borde.

—Es justo lo que necesitaba —dijo—. Mis platos se ven perdidos en una mesa tan larga. ¿Podría usarla mientras dure la feria?

Celia miró a Mateo. Él asintió.

—Claro. Pero al acabar la recogemos juntos —respondió ella.

Teresa les ofreció probar uno de los dulces antes de que entrara el público. Celia dejó que Mateo eligiera el primero. Él tomó el que tenía una capa fina de mermelada y lo partió con cuidado para compartirlo. No había sido su intención volver a hacer algo a medias, pero ninguno apartó la mano.

—No sé por qué nos empeñamos en que todo tenía que estar separado —dijo Celia.

—Yo sí —respondió Mateo—. Quería saber si lo que hago vale por sí mismo.

—Y yo.

—Eso no cambia porque hayamos hecho una bandeja juntos.

Celia miró las dos filas de piezas que se alcanzaban a distinguir al fondo del pasillo. Habían preparado trabajos diferentes; ninguna de sus mesas necesitaba la firma del otro para sostenerse. Aun así, aquello que compartían era visible en la entrada.

Sonó la señal de apertura de la feria. Teresa se volvió hacia las primeras personas que se acercaban al puesto de pasteles. Celia dio un paso hacia su mesa. Mateo debería ir hacia el extremo contrario.

—Voy a colocar mis últimas piezas —dijo ella—. Si no, me encontrarán con las cajas cerradas.

Mateo se quedó a su lado un momento más.

—Voy contigo hasta tu puesto —respondió—. Después abro el mío.

Caminaron sin llevar nada en las manos. Detrás de ellos, sobre la mesa de Teresa, la bandeja recibió las primeras miradas del día. No cabía en la vitrina que habían alquilado; allí, a plena vista, tenía espacio de sobra.